

[La Luna Azul](#)

La palabra de la mujer pinta la luna de azul

<https://lalunaazul.wordpress.com/>

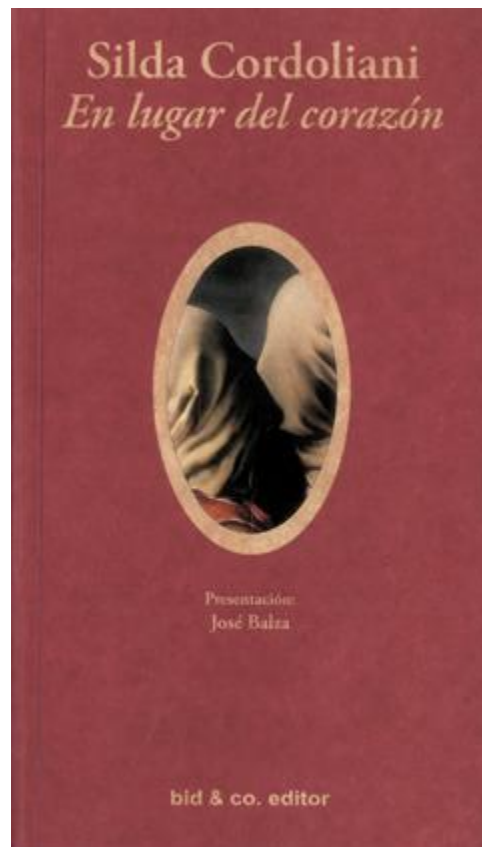
2009

LEER CON LUZ DE LUNA

RETORNO A LA UNIDAD: EN LUGAR DEL CORAZÓN DE SILDA CORDOLIANI

Aura Marina Boadas

Desde sus páginas iniciales *En lugar del corazón* involucra al lector en las confidencias que se desarrollan relato tras relato. Y nos preguntamos, ¿cómo y por qué nos sentamos en el sofá con Ana o en la barra con Inés...? Tal vez para retomar el hilo de una conversación que pareciera haberse iniciado antes de que posáramos los ojos en la primera línea, también nos mueve la curiosidad de saber quién nos habla o quiénes conversan en el interior de un vehículo que toma carretera para un largo viaje. Sin embargo estas circunstancias no son suficientes para que permanezcamos allí. Hay algo más que nos acerca a estas páginas, a este libro.



En tanto objeto, se trata de una hermosa publicación, lo que ha debido ser todo un reto para el editor (Bid & co, editor) tratándose de una editora-autora. *El beso* de René Magritte, imagen de la portada, nos da la entrada a este mundo de viajes, amistades, desdoblamientos, sueños y recorridos por la memoria, constituido por diez relatos.

Países, ciudades y recintos son reiteradamente mencionados, desprendiéndose de los desplazamientos por diversos parajes un intenso disfrute que favorece la expansión y plenitud de los sentidos: “*Me vi caminando descalza a plena luz del día por una playa solitaria, una de las cosas que más amo hacer, por las que siempre me digo que vale la pena existir*” (p. 24). Estos recorridos son andados y desandados por diversas mujeres que creen en aquello de la familia escogida, y, sobre todo, en la amistad por encima del espacio y de los tropiezos. La intensidad de estos lazos es tal que, en ocasiones, pareciera que todas ellas conformaran un solo cuerpo gracias a la solidaridad y la complicidad, clave de esas relaciones. Oímos decir a un personaje que sus amigas le eran absolutamente opuestas, lo que las hacía complementarias, así unas pueden realizar a través de las otras, los proyectos que voluntariamente han relegado.

Lo relegado conforma otra línea temática, conjuntamente con lo olvidado u ocultado. Esta tendencia es tan intensa que en “*Verdades, mentiras y silencios*”, el primer relato, la narradora expone su proceder transparente y abierto, y se queja del misterio que se teje en torno a la muerte de un personaje; unas páginas más adelante, será ella misma quien pida a su interlocutora que no refiera a nadie la conversación que van a tener. Hay que decir que estos ocultamientos no parecieran ser el resultado de la presión social, ni de las convenciones, provienen de algo mucho más profundo: se trata de una necesidad de sobrevivencia, de evitar en el presente lo que pueda ir en detrimento del bienestar emocional. No nos atrevemos a hablar de represión, pues nos parece que es más bien lo contrario, es un ejercicio libertad del personaje que renuncia y pone un velo sobre ciertos espacios que no puede transformar ni desechar, para vivir otras experiencias en el presente y experimentar otras sensaciones, como los personajes de *El beso*, quienes cubren su rostro para vivir otros acercamientos a la felicidad, lo que añora el personaje femenino de “*Océano*”, cuando afirma que el momento más doloroso de una relación no está en las infidelidades sino “en la insoportable certeza de que hemos sido incapaces de cumplir el juramento implícito en cualquier relación amorosa: la felicidad del otro” (p. 67).

Pero el logro de estas estrategias es efímero pues la memoria hace jugadas y el ayer vuelve y se impone. Así el personaje que se construyó de determinada manera, se ve asaltado por un pasado que ya dejó atrás y cuya emergencia reactualiza vivencias. Esta dualidad temática entre el hoy y el ayer encuentra ecos en la construcción del tiempo que se quiebra, pues avanza y retrocede constantemente; en la expresión que también se divide mediante el recurso del cambio de perspectiva, como en el caso de “*Océano*”, donde tenemos la sensación de seguir una cámara enfocando alternativamente a los dos personajes del cuento; en el binarismo del color de piel de los personajes de “*El don*”; en las mujeres que siempre vienen acompañadas de una presencia masculina.

Las mujeres de estos cuentos están vinculadas a presencias masculinas que las marcan profundamente. Ellas asumen al niño, al joven, al hombre, según sea el caso, con sus carencias y heridas, lo que conduce a los desenlaces más diversos, unos muy apegados a los roles tradicionales atribuidos a lo femenino, otros menos convencionales.

Entre las referencias que apelan a la memoria están las relativas al país, inicialmente pueden parecer mera ambientación, pero realmente van mucho más allá pues los compromisos políticos del pasado contrastan con la situación social y política actual, lo que desencadena reflexiones y acciones de los personajes: persecución, muerte, exilio, traición, preocupación por quien no llega a casa a la hora, dolor por la partida de familiares.

Sin embargo, la memoria no sólo asalta a los personajes, también lo hace con el lector y la clave la da el propio texto: “las historias vividas se detienen cual presente inalterable y eterno en algún

espacio que no podemos percibir y ni siquiera imaginar. Basta un casi imperceptible gesto, un exiguo aroma, un leve tono, para que resurjan con casi la misma fuerza de los días que creímos olvidados, clausurados” (p. 86). Ese “gesto imperceptible”, el que nos alerta y despierta nuestra memoria, está en estos cuentos que recorren espacios íntimos femeninos indisolublemente ligados a la presencia masculina. Emergen de los cuentos, y nos interpelan, los recuerdos del primer amor, los progenitores, la primera menstruación, la maternidad, la pareja, el encuentro amoroso, el desamor, el rechazo.

En su literariedad, estos cuentos dialogan con la narrativa actual escrita por mujeres y con la que le antecede, ampliamente descritas por Luz Marina Rivas en su *Antología de narradoras venezolanas* (Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2004), donde también se incluye “*Babilonia*“, cuento presente en *En un lugar del corazón*. Aquí, la sensualidad se apodera de las descripciones de los personajes, llevándonos por sus contornos y deteniéndonos en un detalle de los ojos, en los labios, en la curva de una espalda, en la firmeza de un brazo. También los paisajes generan sensaciones particulares pues son descritos desde las emociones que generan en quien los mira, por esta vía íntima, con miradas de reojo y otras frontales, que observan desde diferentes posiciones y ángulos – ventana con postigo, mirilla, ventana del apartamento, balcón, Internet, teléfono -, nos introducimos en lo cotidiano. Un cotidiano que también es nuestro, en un primer momento, gracias a un extratexto compartido por muchos de nosotros -universidad, marchas, bares, jardines- que remueve nuestra memoria, y en un segundo plano, por las preguntas que puede propiciar en el lector sobre la tradición, lo accidental y lo elegido en su existencia.

Aura Marina Boadas, licenciada en Letras, UCV, y doctora en Literatura de expresión francesa en la Universidad de Burdeos. Es profesora en la Escuela de Idiomas Modernos y la Maestría en Literatura Comparada (UCV). Participa en proyectos de investigación sobre literaturas caribeñas